



REAL-ITY

SHEILA SHEERAN

© 2016 Sheila Sheeran
Edición y corrección: Sheila Irizarry
Diseño de interior y portada: Sheila Irizarry
Fotografía de portada: fotolia.com
Todos los derechos reservados
ISBN-0-9906130-4-6
ISBN-13: 978-0-9906130-4-6

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Cualquier referencia a eventos reales o personas reales son utilizados de manera ficticia. Nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor y cualquier similitud a la realidad es pura coincidencia. La autora posee los derechos reservados de esta obra. Quedan prohibidas la publicación o reproducción total o parcial de esta obra en cualquier medio impreso o digital sin permiso previo.

Número de solicitud de registro en la Librería del Congreso
de los Estados Unidos 1-3041943801

REALITY



UNA NOVELA

SHEILA SHEERAN

Dedicatoria

A veces la vida nos eleva en una nube de felicidad pero cuando menos lo esperamos nos deja caer en picada y sin paracaídas.

Y duele...

Duele...

Demasiado...

Algunos lloran para aliviar el dolor, yo, escribí esta historia.

Para ti, mi regalito, que estuviste en mi vida por tan solo un corto tiempo, suficiente para hacerme recordar mi propósito, mi inspiración.

Tenemos miedo a mostrar quienes somos en realidad. Vivimos inventando cada día la historia de nuestras vidas que queremos contar y nos guardamos la historia REAL.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Epílogo

Agradecimientos

capítulo 1

ABIA

Creo que la confusión la llevo por naturaleza. Una vez a los dieciséis, a escondidas en la madrugada, cuando ya papá dormía, llamé a una línea síquica. Cuando llegó la factura del teléfono la culpa se la llevó Ada, la señora que nos ayudaba en la casa (creo que todavía lo hace, no lo sé), la que cuidaba de mí mientras papá trabajaba diseñando rascacielos. Me costó la mesada de dos meses. Ada aceptó mi propuesta, la de cargar con la culpa, pero tuve que pagarle hasta el último centavo que papá le descontó de su cheque por la llamada y un poco más, «daños y angustias mentales», dijo Ada que le causé.

Ese mismo año sufrí de una obsesión compulsiva de jugar *Ouija*. Después que escuché en el colegio a unos niños decir que a través de ese juego los muertos respondían tus preguntas, quise probar, tal vez lograba

comunicarme con mi madre y me contaba si valía la pena romperse tanto la cabeza con planificar el futuro. El intento nos duró poco. La *Ouija* murió cuando la mamá de mi mejor amigo nos encontró jugándolo en la madrugada y nos acusó de hacerle culto al diablo. Que cómo era posible que nosotros, que estudiábamos en un colegio cristiano, estuviéramos tentando a Lucifer así. Esa noche la casa olía a humo, Tommy y yo observábamos desde el cuarto cuando su mamá quemaba el juego en el patio.

“Le ayudamos a tomar las mejores decisiones para su vida”, decía el anuncio en el periódico. ¿Cómo dejar pasar la oportunidad? Esa misma tarde que vi el anuncio, el día en que cumplí dieciocho años, a punta de chantaje (de decirle a una novia que tenía Tommy, que él frecuentaba otra chica), lo obligué a visitar conmigo un síquico, el del periódico. Por aquello de averiguar si era una farsa o no, hice que le dijeran a él su futuro primero, para no abusar yo pagué su sesión. No es que creyera en esas cosas, es que necesitaba ir descartando cada una de las opciones que tenía enfrente para mi futuro. Necesitaba saber si había opciones más allá de las que me mostraba mi papá. Me sorprendí al saber que el síquico no tenía una bola de cristal ni cara de charlatán. No había luces tenues ni humo cubriendo el suelo. A pesar de causar la impresión de que la cosa era seria, la visita fue breve. Demasiado. Cuando Tommy le hizo la segunda pregunta: «¿Cómo se llama el amor de mi vida?», el hombre respondió:

—Renato.

Pensé que había escuchado mal que había confundido la letra O por la A pero el síquico volvió a repetir: «Renato».

Literalmente tuve que aguantar a Tommy porque le partiría la cara al síquico si no lo hacía. Es la única vez que lo he visto fuera de sí. Esa fue la última vez que Tommy me acompañó en una andada de esas y la primera vez que me mandó a la mierda. Ese verano me resigné a que lo mío era

algo que venía en la mezcla de genes que llevo. Abia De Luna Choi, ese es mi nombre, de padre puertorriqueño y madre coreana, viví en España hasta los diez años y el resto de mi vida ha acontecido entre los Estados Unidos y aquí, Puerto Rico.

Hoy tengo ganas de encontrarme con un síquico en la calle, con alguien que me diga qué será de mí. Camino a través de la acera que forma un parque lineal ubicado justo enfrente al edificio donde resido desde hace cuatro años. A diario suelo transitar de regreso del trabajo a través de este mismo concreto pero en dirección contraria. Me gusta ver cómo en la noche las luces de los faroles se reflejan en el agua de la laguna que bordea el parque. Hoy no es de noche, es domingo en la mañana. Por suerte no trabajo. Son apenas las diez y media. Cargo en mi mano derecha un bolso de papel con algunas manchas de grasa que empiezan a mostrarse, pienso en las papas fritas que deben estar mongas. En la izquierda llevo mi celular y la esperanza de que, tal vez, suene.

Sin mirar me detengo frente a *mi* banco favorito. Es el tercero a la derecha. Caminar hasta él ya se ha convertido en algo natural, algo que es parte de mí. Levanto la mirada para asegurarme que, en efecto, estoy frente al tercer banco. Hoy está ocupado. "¿Ocupado?"

Sí.

Alguien ha tenido la magnífica idea de echar una siesta en mi banco. Todos en este parque saben que ese lugar me pertenece. Con la mano donde cargo la funda de papel le doy un par de cantazos en el pie.

—Muévete que este no es tu lugar.

Hoy no me siento amable. Bueno, sí, me levanté amable pero la pasada hora me robó cualquier ganas de amabilidad.

Al instante me arrepiento de haberle tocado. Y es que cuando veo el estado de sus pies descalzos...

¡Uy!

Asco.

No.

Pena.

No sé si la regla de los cinco segundos aplica en circunstancias como estas. Ada siempre decía: «cuando se te cae un alimento en el piso tienes un espacio de cinco segundos para recogerlo sin que se contamine con los gérmenes». Lo decía con tanta convicción como si ella misma hubiese comprobado de manera científica la veracidad de esa premisa. Creo que en esta ocasión estoy salva porque a éste solo lo toqué por un segundo, dos a lo máximo. Pero si me dejo llevar por el color oscuro del sucio que cubre sus pies...ni un segundo sería seguro. De repente me viene a la mente la imagen de un inodoro público. No sé por qué.

Con el tiempo aprendí que esa teoría de los cinco segundos la puedes aplicar en otros aspectos de tu vida. Al tomar una decisión importante, si tu intuición no te dice que *sí* en los cinco segundos siguientes, es de seguro un *no* lo que deberías responder. Por eso a escondidas hice el postgrado en historia y no en arquitectura como creía papá. Dice que lo que hice fue un robo. Yo creo que fue uno parcial. El postgrado fue en historia de la arquitectura. Pero es que ya lo había complacido con el bachiller. Ya tenía el diploma con mi nombre graduada con un bachiller de diseño arquitectónico de *MIT* y promedio de 3.90 colgando en la pared principal de su despacho. Ya lo había complacido. Era momento de complacencias para mí, aunque las pagara él. A veces me pica la curiosidad por saber si mi diploma de bachiller todavía cuelga de aquella pared en su despacho, si todavía presume de ello con sus clientes y colegas. Estoy segura que el diploma de postgrado no llegó ni a entrar en aquella habitación.

De repente el pelo en mi rostro, a consecuencia de una ventisca, me hace recordar dónde estoy. El hombre permanece inmóvil y yo pienso "*Ab, búscate otro banco*".

No, hoy no me buscaré otro banco, quiero el mío. Quiero el pedazo de madera donde suelo sentarme a pensar. Lo necesito. Aunque confieso que no sé si hoy pueda pensar con cordura, como siempre me ha exigido Andrés De Luna, mi papá. Necesitaré algunos días para organizar todo lo que tengo en la cabeza, creo que unos meses no me vendrían nada mal.

Desde que confirmé las sospechas, ensayé una y otra vez la manera más cuerda posible para decirle. Sin embargo, de mi boca no llegó a salir una sola palabra de las que había memorizado. Es que cuando comenzó hablar, me pareció que él sí estuvo días ensayando las suyas, las que soltó sin rastro de duda. Tommy tiene muy claro lo que quiere hacer con su vida, siempre lo ha tenido y en ella no estoy yo, no de la forma en que ahora pareciera que debiera estar. En realidad en la mía tampoco estaba él. No porque no lo quisiera a mi lado. Es una buena compañía, mi mejor compañía, hasta hace una hora lo era. Quiero hacer tantas y tantas cosas que no tengo ni idea de qué quiero. Ahora, una hora más tarde de lo que se supone fuera un desayuno cordial en mi departamento, sigo sin saber qué quiero hacer con mi vida pero Tommy está más presente que nunca... muy a mi pesar.

—Señor, muévase que tengo hambre. —Vuelvo a tocar al mendigo desconocido después de lanzarle mi segunda advertencia. Esta vez lo hago con el celular.

Lo escucho hacer un sonido grotesco que creo le sale de la garganta. Al unísono eleva las rodillas recogiendo los pies pero no se endereza. No me parece conocido. A éste nunca lo he visto por aquí. Me siento en el pequeño espacio que libera. Mientras abro la funda de McDonald's, de reojo intento ver un poco más del atrevido que ocupa mi banco y es cuando el olor a carne se mezcla con un olor a zorrillo y creo saber de dónde viene. Refugiar la nariz en mi hombro es mi primer instinto para sobrevivir. Veo que lleva puesto un vaquero desteñido con varios desgarres en la tela. Una especie de abrigo le cubre el torso y una

capucha el rostro. Hago un esfuerzo sobrehumano y saco mi nariz del refugio, solo alcanzo a ver el volumen de la barba castaña que sobresale de la cueva en que tiene escondida la cara.

Intento ignorarlo y me fuerzo a comer algo, necesito azúcar en mi cuerpo para funcionar. Desenvuelvo la hamburguesa y le doy un mordisco. No llego a tragar el bocado cuando ya estoy llorando como una niña tonta. Veo que el hombre esta vez sí se endereza y amplía el espacio entre los dos. Me parece que se asustó con mi llanto. “*Estamos a mano, amigo, yo me asusté con tu olor.*” Le extiendo mi brazo derecho con la hamburguesa mordida. Ya no tengo hambre. No tarda en tomarla y cuando siento mis manos vacías me las llevo al rostro para cubrirlo. No estoy pensando como necesito hacerlo, sigo llorando.

Pierdo el sentido del tiempo, fácilmente llevo minutos aquí.

—¿Helado? —alguien pregunta.

Reacciono mirando a mi lado izquierdo, pero enseguida recuerdo que no estoy sola y giro la cabeza hacia la derecha.

—¿Helado? —vuelve a preguntar mientras hunde en mi *sunday* de vainilla con caramelo mis papas mongas y se las lleva a la boca.

Me quedo observando en su dirección sin poder ver más allá del matojo de pelos. Me habla en español pero con un acento extranjero.

Por tercera vez vuelve a ofrecirme helado, esta vez en silencio empujando un poco con la mano libre el vaso plástico donde está “mi helado”. En silencio también declino el ofrecimiento. Entonces, aparece ante mí una servilleta de papel, la misma que acepto y con ella seco algo de la humedad que todavía queda en mis ojos y me limpio la nariz.

—Tu boca está sucia de ketchup —advierde justo en el momento que comienzo a pensar, “*qué amable este fulano*”.

Me limpio la boca mientras me debato entre si agradecerle o insultarlo. Mientras lloraba mis penas este hombre se comió mi almuerzo, que también era mi desayuno porque el que preparé, el que se supone comiéramos Tommy y yo, debe estar como hielo sobre la mesa del comedor.

Desisto de cualquier intención maligna contra este hombre. Poco a poco voy poniéndome de pie a la misma vez que rebusco en los bolsillos traseros de mi jean.

—Ten —le digo extendiéndole el puño cerrado con el sobrante de un billete de veinte dólares con el que pagué en McDonald’s—. Creo que te alcanza para la cena.

Cuando extiende su mano noto la mugre que forma líneas negras bajo sus uñas.

—Gracias —dice.

Comienzo alejarme cuando le escucho hablar:

—Lo que sea —me detuve al instante— que te hace llorar no puede ser peor que esto que ves aquí —hizo un gesto con ambas manos señalándose a sí mismo.

—Veamos —le digo y me callo para que continúe, para que me cuente su historia.

Se pone de pie.

—Treinta y un años, sin casa, ni familia, ni trabajo. A veces pasan días sin que pueda tomar tan solo un vaso de agua.

Voy paseando mi vista desde sus pies hasta el rostro. No es para nada un recorrido placentero. No llego a verle con claridad los ojos. Me quedo en silencio pensando en la gravedad de su situación. Me confieso, y mientras lo hago voy comparando su *realidad* con la mía.